

antagonismo aparente reconozca otra causa que una falta de inteligencia debida á la ceguedad; pues siendo honrados los custodios de la ley tanto como puedan serlo los custodios de la razon; siendo nobles y tocados por igual de clemencia para la desgracia, celosos unos y otros de sus sacratísimos deberes, forzoso es que lleguen á satisfactoria conjuncion desde el punto en que mutuamente se escuchen y se estimen sus razonamientos. ¡Que despues de todo, la humanidad ha nacido para entenderse, y existe siempre la inteligencia allí donde reinan la buena fé y el desinterés, y donde la pasion no ofusca los sentimientos, atributos éstos que, si deben resplandecer en todos los afanes científicos, aún deben resplandecer con mucha más claridad cuando el interés principal lo constituye la vida de unos desgraciados, ya sean locos, ya sean criminales; pues si desgracia es no poder gozar de la luz del sol y precipitarse en el abismo por lesion incontestable de la retina, desgracia tambien lo es el sufrir la misma suerte por obstinarse en adelantar con los párpados cerrados!

Es indispensable que los médicos no hablen y escriban sólo para los médicos, sino que hablen y escriban mucho para los juriconsultos y para la sociedad ilustrada, y hagan comprender á aquéllos y á ésta que así como la exención física para el servicio de las armas no supone un estado especial, siempre idéntico del sujeto, así la irresponsabilidad moral no puede ni debe suponer un estado concreto y siempre igual del individuo; que así como un organismo físicamente considerado supone multitud de órganos que sirven de origen á multitud de funciones, cuya integridad perfec-

ta, cuya relacion mútua y exacta armonía constituyen la aptitud física, así para el órden moral hay profusion de órganos, fuentes de otras tantas funciones, cuya integridad perfecta, cuya relacion mútua, cuya exacta armonía y dependencia suponen la aptitud moral. Y es verdaderamente extraño que miéntras se elimina del servicio á un individuo epiléptico, por ejemplo, porque sufre desarreglos periódicos de sus funciones sensitivas y locomotrices, no se han de eliminar de la accion de la justicia á ciertos sujetos atacados intermitentemente de convulsiones de su razon, constituyendo verdaderos ataques de epilepsia moral.

Las formas impulsivas puras, sin alucinaciones, sin ilusion, sin delirio, sin esos atributos, en fin, que á primera vista pudieran estimarse como los indispensables de la perturbacion cerebral, han de ser necesariamente las que ménos comprenda todo exámen ligero, las que más difícilmente se expliquen, y, en consecuencia, las que más condenen como inadmisibles cuantos juzgan exageradas las predicaciones del médico alienista. Y, sin embargo, creo yo que les bastaría á muchos de estos adversarios un exámen reflexivo de impresiones que en el curso de su vida habrán experimentado para comprender la existencia real de dichos vértigos y cómo nosotros los apreciamos, de igual modo que la pequeña llama que eulebrea en el hogar puede hacer concebir uno de esos devastadores incendios de las poblaciones, que durante la noche lamen con sus lenguas de fuego las nubes y desparraman ahumada iluminacion por el espacio, como si pretendieran convertirse en teas revolucionarias del universo.

Me parece grave ignorancia ó ciega ofuscacion dudar hoy de ellas y desconocer su interpretacion morbosa, cuando nacen, se desarrollan, muestran su sintomatología y se curan con un curso y modo idéntico al que podamos observar en la enfermedad más plástica de las que se tratan en un hospital.

Un compañero á quien yo tengo en grande estima, y acerca de cuya sinceridad, precision y espíritu observador no puedo desconfiar en modo alguno, haciame comprender bien elocuentemente la potencia y singular carácter de una de estas formas impulsivas, por el relato fiel del *vértigo de las alturas* que durante algun tiempo sufrió, desórden cerebral éste que se diferencia de los otros vértigos que conducen al crimen en un sólo cambio de direccion por lo que á su naturaleza afecta, el cambio que separa el suicida del homicida; y con respecto á su intensidad, la diferencia que separa una suave colina vestida por la bruma, de una de esas altas montañas que hunden su cúspide entre las cárdenas nubes, donde el trueno tabletea y el rayo se desgaja y abrasa la Peña.

Recuerdo bien la historia de su enfermedad.

Confesaba que ántes de su primer viaje por Europa apenas conocia más que de nombre el llamado vértigo de las alturas, y que hubiera rechazado, como pudiera hacerlo el más ignorante, la opinion de que entre los desórdenes mentales figurase el estado de un individuo que dijera sentirse inevitablemente arrastado, impelido á espantoso hecho por la aberracion de su miedo, de su profundo terror, al hecho mismo.

Ese afán insaciable que se apodera del viajero—cuando quiere obtener de sus expediciones toda la instruccion y deleite posibles—de contemplar cuadros panorámicos desde elevados puntos, apoderóse de él en grado extremo, y fué causándole desde las primeras ascensiones tal propension al vértigo, que no tardaron en convertirlese aquéllas más bien en motivo de tortura que en placentera impresion de *touriste*. La agitacion y el desórden que se apoderaban de su espíritu siempre que se encontraba en las galerías, plataformas y demas puntos de mira, concluyó por ser tal que ya más que á las bellezas de las perspectivas, más que al chocante efecto de las populosas poblaciones como tendidas á sus propios piés, más que á recrear su ánimo siempre amante de las bellezas arquitectónicas con los primorosos detalles ó la grandiosidad de armónicas ó gigantescas proporciones, parecia como que tiraba de su deseo y le robaba la atencion aquel espantoso abismo que se abria siempre á su lado y al cual le era tan fácil precipitarse con un leve brinco, con un movimiento automático, con uno de esos ejercicios que hacia inconscientemente en el gimnasio.

¡Y con qué metódica graduacion fué desarrollándose el vértigo! Todavía en Burdeos pudo recorrer sin emocion el balconaje de aquella histórica torre de San Miguel, admirando sobre su cabeza la hermosísima flecha que al desvanecer su remate á 114 metros de la plaza, parece una aguja destinada á prender la tierra al cielo, y que al clarearse por sus infinitos calados, hace pensar en un gigantesco capuz de finísimo encaje, y á sus piés aquellas deliciosas vistas sobre el puerto y el Gironda, sobre la ciudad y sus al-

rededores. Desde entónces comenzó su impresionabilidad, y ya días despues, inquieta y sobresaltada su contemplacion desde la plataforma de la columna de Vendome, en París, á 44 metros sobre el suelo de la plaza, apenas saboreaba en aquella soberbia perspectiva todo el encanto que luce. Más tarde aún, paseando las altas torres de Nuestra Señora, bordeando un precipicio de 68 metros, por cuyo camino vertical apenas tropieza la vista con alguna gárgola fantástica, algun detalle saliente ó alguna figura de las que guarnecen la gótica fachada, en balde imploraba de los recuerdos novelescos que Victor Hugo ha juntado con la soberbia morada del modesto Quasimodo, y de los mil recuerdos históricos que registra la iglesia metropolitana de la gran ciudad, pensamientos para sentir bellezas y olvidar infernales ideas; todo era arrollado por el vértigo del vacío, por el estremecimiento museular que impulsaba sus carnes. Y que despues, hallándose sobre el espacioso ático que forma el Arco de la Estrella, enmedio de aquella verdadera plaza hecha de sillares sobrepuestos, le precisaba alejarse bastante de la robusta crestería para poder disfrutar con alguna, no con mucha, tranquilidad los arrobadores encantos de aquel panorama sin rival.

De este modo se fué graduando más y más la propension al vértigo, hasta que llegó un momento en que su intensidad le infundió verdadero pavor; fué en Bruselas. Sobre el centro de la Plaza del Congreso de esta cultísima ciudad álzase una columna hasta 47 metros de altura, y sobre ella una plataforma capaz de contener quince personas. Subía la estrecha escalera de caracol, quizás más con-

fiado que nunca y prometiéndose dominar lo que él mismo calificaba de *ridícula agitacion*, cuando saliendo desde la oscura espiral que caracolea por el interior de la columna como si una culebra grande, inmensa, antediluviana, brotara del suelo y asomara la cabeza por su capitel, y al ganar á través de reducida puerta la galería exterior, le produjo tal sacudida la impresion del espacio que de pronto se presentaba á su vista, que, como si hubiera recibido un empujon, arrojóse en actitud de salto sobre la balastrada, y tan fuera de su voluntad se sintió que, dando un grito, sacudiéndose hácia atrás con un supremo esfuerzo de su instinto y rehaciéndose algo, de modo semejante á como por un movimiento brusco se rehace el individuo que ha tropezado, ha perdido el equilibrio y va á caer, recobró enseguida la escalera, la bajó desatentado y sin parar, hasta que se encontró en tierra, adonde llegó pálido, descompuesto, escalofriado y con violentas palpitaciones.

Desde aquel momento el vértigo se apoderó de él en términos tales, que no podia acercarse á un balcon, ni ascender escalera, ni ocupar palcos altos en los teatros, ni asomarse á torre alguna. Dos años pasó sintiendo los efectos del mal, que, últimamente, se le desarrollaban aún en las situaciones más naturales. Bastaba que hubiese alguna profundidad á su lado para que, á la manera de cuerda tirante que vibra al menor soplo del aire, así brotase el impulso al menor incentivo, llegando hasta el extremo de rehuir algunas visitas cuando para hacerlas necesitaba subir altas escaleras. Un ataque más horroroso que los anteriores le conjuró este mal, sirviéndole de crisis.

Vivía un amigo suyo en el más elevado piso de una de estas monumentales casas modernas, cuyas cajas de escalera se presentan lo suficientemente holgadas y sobrado altas para que á su través pueda salvar un cuerpo el espacio que separa la vida de la muerte, como breve túnel trasporta pronto al viajero desde una pintoresca, alegre y brillante campiña á un sombrío, oscuro y abrupto precipicio.

Segun le ocurría siempre, la sola consideracion de que habia de subir y entablar una vez más la desesperante lucha, comenzó á trastornar su tranquilidad desde el portal. Lenta y pausadamente, con reprimida zozobra, iba ganando escalones, y á medida que la distancia se hacia mayor, á medida que el suelo iba ahondándose más y más, subía de grado su agitacion, conmoviase su espíritu, redoblaba el corazon sus latidos, íbase, en fin, sintiendo acometido del vértigo que, como con fuerza incontrastable, con fascinacion diabólica, atropellaba su razon, oscurecía sus juicios, escalofriaba sus nervios y soplabá en su espíritu entero un terror espantoso; terror extraño, incomprensible, que lo mismo que si sirviera de infernal alimento, aumentaba la ansiedad del impulso, y entónces, como agitados por aquella tempestad, revolvíanse sus brazos y animábanse sus fuerzas físicas, deseando aprisionar el pasamanos por donde podía dar el salto final.

De nada servía que los destellos que se escapaban de su razon al través de aquella anarquía que pretendía sofocarla, como se escapa el agua al través de los resquicios de la mano que quiere contenerla dentro del grifo, le hicieran buscar el lado de la pared y arrastrarse en el ascenso pegado

á ella; el impulso le arrojaba del lado del pasamanos, y de este modo, yendo de uno en otro lado, como lo hace un óbrio, en lucha hasta con sus propias manos, que ya con una queria sujetar la otra, ó ya las llevaba ambas á la cabeza, unas veces como para sofocar el fuego que estallaba su cerebro, otras para calmar el prurito que le hormigueaba por la piel, ó bien para domeñar los cabellos que se le erizaban; sintiendo circular por sus vasos una sangre ardiente, que parecia arastraba punzantes alfileres, espantados sin duda los ojos, agitado, convulso y descompuesto, tentado estuvo unas veces por arrojar al suelo, vacilante otras sobre si acabar su ascension ó retroceder á escape, hasta que á la postre de un batallar horrible, de un sufrimiento inexplicable, llegó á la puerta deseada, cogió con mano convulsa el tirador, hizo sonar un violento campanillazo, parecióronle siglos los breves instantes que tardaron en abrir, y entró tan agitado como si hubiera cometido un crimen.

He dicho que aquel ataque le sirvió de saludable crisis, y así fué. Desde entónces no le ha vuelto á molestar el vértigo.

Hale quedado tan sólo una ligera impresionabilidad que nota en las situaciones más apropósito para producir el impulso, pero que no ha sido bastante, ni con mucho, á impedirle ascender con agrado y entera seguridad á sitios tan vertiginosos como la Miranda de San Jerónimo, en Montserrat; las bolas que se alzan sobre el remate de las altas cúpulas de San Pedro, en Roma, y de Santa María de las Flores, en Florencia; al final de la más alta torre de la

catedral de Milan; torre inclinada de Pisa, algunos parajes de los Alpes y otros lugares semejantes.

Ahora bien, ¿es posible comprender en la misma repro- bacion—pregunto yo—este impulso y el del suicida que se precipita desde el viaducto de la calle de Segovia, por ejem- plo? ¿Es posible creer que exista perfecta analogía entre un estado semejante al descrito, en el que el hombre feliz, be- névolo, ganoso de placeres y lleno de razon, buscando el encanto de la vida se pone al abismo de la muerte ó cae en la muerte misma, con el individuo que, amargado por los sufrimientos, desesperanzado de la sociedad, llena de heri- das el alma, despues de hacer un balance sobre el pró y el contra de su vida, opta resuelto y razonador por la muerte, gana la altura, cubre sus ojos con un pañuelo y se lanza al encuentro de aquello que apetece? No, y mil veces no; y si algun juez estima tan criminal lo uno como lo otro, es porque ese juez, mal conocedor de la justicia, tan torpe como ignorante, ciego y adocenado, procede como el ciru- jano que, viendo malignidad por todas partes, no encon- trará otro recurso que amputar siempre, arrancar sin dilacion del organismo todo miembro llagado, y el médico que, cual otro doctor Sangredo, redujera todas las enfermedades á una sangre alborotada que habia necesidad de extraer sin re- medio; es decir, no estudia del enfermo, ó sea del acusado, más que una sola parte, el final, la caída del cuerpo que choca y se mata, pero no lo que más interesa conocer, las causas que precedieron á su caída, la razon, el por qué, la filosofía de aquel crimen.

Se me dirá ahora: ¿y qué tiene que ver el vértigo de

las alturas con el vértigo genésico, por ejemplo? Lo mismo que tiene que ver la inflamacion de un ojo, que no permite ver, con la inflamacion de un oído, que no permite oír; el proceso morboso es el mismo, varia el asiento del mal y con él sus manifestaciones. Esto podrá dudarlo un igno- rante; pero no tienen derecho á dudarlo el médico ni el pen- sador ilustrado.

Viene á ser aquí el vértigo un fenómeno reflejo que surge de una impresion exterior, que se desenvuelve en un campo perturbado por una aberracion funcional y que se finaliza en el exterior por actos que unas veces parece co- mo si atropelláran la voluntad prescindiendo de su inter- vencion, y que otras la arrastran consigo y le hacen inter- venir como esclavizada. Podría repetir hasta la saciedad ejemplos análogos. Sé tambien de un individuo que luchó durante algun tiempo contra un vértigo extraño; siempre que veia correr un coche le acometian vivísimos deseos de tirarse bajo las ruedas; y eran tanto más enérgicos dichos impulsos, cuanto mayor la velocidad de la carrera.

Y bien, el impulso de lanzarse al espacio, el de preci- pitarse bajo las ruedas del coche, el de aquella consultante que usted mencionaba en una de sus elocuentísimas confe- rencias, la que angustiada suplicaba á usted remedio con que atajar el vértigo horrible que le acometía de clavar en las carnes de su esposo idolatrado un cuchillo; impulso horrible que ella misma anunciaba, y á cuya aberracion dió nacimiento el leer la causa criminal de Angel Ursúa; estos tres, como otros infinitos que refieren los libros, y como el del individuo que marchando tal vez indiferente por un ca-

mino divisa en la soledad una mujer, siente estallar en su cerebro un volcan, derramarse por su cuerpo abrasadora lava, la acecha, y ciego, desatentado, sin reparar en la edad, en la belleza ni en la condicion social de la víctima, se lanza sobre ella, la estrangula, la desgarrar y satisface sobre los mismos horrores de la muerte un placer que exige en cordura todo el aliciente de la vida. ¿quién niega que tienen un mecanismo idéntico? ¿Cómo dudar de que no suponen criminalidad en la genuina acepcion de esta frase? ¿Ni cómo desconocer tampoco que un abismo infranqueable les separa de esos otros crímenes vulgares que diariamente registran las columnas de los periódicos? Nos dirán acaso que en los dos primeros atentados no había homicidio, y, por consiguiente, no era criminal el vértigo. Pues qué, preguntaría; cuando mi citado amigo, avaro de la vida y lleno de felicidad, sentíase arrastrado al borde de la muerte, es decir, á lo que más podia aterrarle, ¿puedo dudar de que con otro vértigo apropiado, apesar de su reconocida honradez, atentaria contra el prójimo? Indudablemente no.

Pero abandono ya esta argumentacion, en rigor impropia de aquí, donde cierto aspecto de apasionada lucha podría desautorizarla algo, y más pertinente en el libro, donde, desenvuelta con serenidad y sin amaños polemistas, ha de mostrarse con todo el valor que tiene. Lo que por el momento necesitan los frenópatas—y disculpe usted que sin serlo me atreva á expresarme así, insistiendo en un concepto ya apuntado—es reconocer que, á semejanza de lo que hace todo conquistador, deben cumplir los deberes de soldado ántes de reclamar las ventajas del triunfo. La

duda es tan legítima, que representa más que la ignorancia del vulgo: representa el bautismo del filósofo, segun expresion de Fichte.

No han pasado muchas décadas desde que el grande Esquirol se ha retractado solemnemente del error que había mantenido negando las monomanías, y hoy ya nadie duda de ellas. A su vez, actualmente niega el espíritu público algunas formas de la patología mental; pues bien, expongámoslas, y no dudemos de que, pasadas otras décadas, habrán arraigado en esa misma conciencia pública. El ejemplo de lo que le ha sucedido á usted con Garayo, es una confirmacion elocuentísima de esta verdad. A principio todo Vitoria condenaba su defensa, quizá le acusaba tambien de malvado y de ningun modo hubiera oido sus razonamientos; ha pasado algun tiempo, y hoy Vitoria ha dominado ese arranque de intransigencia y le escucha sin protestas; pudiera usted seguir, y tal vez mañana el mismo pueblo que ayer le atropellaba con la ceguedad de su ira, le creyera y hasta le ayudaria á solicitar la reclusion del condenado á muerte. ¿Que al fin resulta siempre que el sentimiento del pueblo es honrado, noble y generoso, y ama tan lealmente la justicia que, si algunas veces la veja y la desatiende, es sólo porque la desconoce!

Vivimos felizmente en una época de libre discusion, en una época en que la libertad de pensar convierte al hombre á toda la grandeza de su destino, en que existe un ambiente tan vivificador para la verdad que hasta propalar una idea sana para que se abra paso, triunfo, y por último domine. Pasaron ya, tal vez para no volver, los tiempos en

que existían aquellas agrupaciones que monopolizaban los conocimientos humanos, trasmitiéndolos misteriosamente por iniciados de generacion á generacion, como pasaron tambien aquellos otros en que los poderes absolutos constreñian el pensamiento á desenvolverse miserablemente dentro de fórmulas estériles ó de dogmas caprichosos, engendros de áridas filosofías, como se desarrolla enteco y raquítico el organismo encerrado en insalubre ergástula. Hoy no; hoy lo que brota del pensamiento libre pertenece á la humanidad entera, que lo examina, que lo juzga, que lo comenta y lo admite ó lo rechaza segun su fallo; y regocíja inefablemente el ánimo, y enorgullece asimismo la vanidad, observar que apénas brota una idea nueva, apoderánse de ella la prensa y las corporaciones sábias, y allí discútenla, el teólogo, que tiene puesto en Dios siempre su pensamiento, y el naturalista, que fija el suyo en la naturaleza; el astrónomo, que estudia al traves del telescopio los mundos del espacio, es decir, los grandes organismos del universo, y el fisiólogo, que estudia con el microscopio los séres celulares, es decir, los pequeños mundos de la organizacion; el matemático, que le aplica el compas de sus axiomas y corolarios, y el biólogo, que le acomoda á los límites infinitos de sus discursos; el artista, que busca la materia para moldearla sólo en formas estéticas, como aquellos escultores de Rhódas y de Pérgamo, seducidos sólo por el deleite corporal, buscaban el mármol para cincelarlo en voluptuosas formas, y el filósofo, que desdeñando la forma como un alimento sensual y plástico, se remonta al espíritu, al fundamento, á lo trascendental; y es de ver cómo

por virtud de esta concurrencia, cómo por efecto de la aplicacion de un estudio multiforme y porfiado á la idea nueva presentada, se debilita y desaparece pronto el error, y, por el contrario, se robustece y acredita rápidamente la verdad.

Cultivadores los mentalistas de lo que juzgan ellos ser una verdad, deben provocar la lucha sin vacilación alguna. El choque de la critica es como el golpear del acero, que pulveriza donde encuentra barro, pero en cambio arranca chispas brillantes, fuentes de luz, donde encuentra pederal, luz que será tanto más intensa cuanto más violenta sea la percusion.

En esta campaña—perdóneme su modestia si ahora la maltrato—cumple usted un papel heróico, papel que yo admiro, porque asombra considerar el cúmulo de facultades con que le abrillanta y engrandece, y papel á que le obliga esta España, que fué la primera nacion, y esa su provincia Valencia, que fué el primer pueblo en donde se recogió al loco dentro de humanitario manicomio, y por consiguiente donde se dió el primero y más decisivo impulso á la redencion del alienado siglos ántes de que el gran Pinel viniera al mundo.

Corazon el suyo de niño para los sentimientos, de atleta para la lucha, que cae de hinojos á los piés del que sufre, y se levanta enfurecido ante el rostro del que maltrata; espíritu aprisionado por el torbellino de una pasion que sus primeros, sus más antiguos discípulos en balde procuramos arrancársela durante aquella época en que su nombre oscuro resonaba sólo en el oido de los estudiantes y sus doctrinas se perdian en las luctuosas salas de un hos-

pital, cobija usted por igual en su alma con el entusiasmo del guerrero que lleva á la victoria, la fé inalterable del santo que arrastra al martirio.

Cuando en uno de los muchos parasismos de sus conferencias le contemplamos centelleante la pupila, encendida la espaciosa frente por donde se arrastran hinchadas las venas, pero tan hinchadas como si en vez de oleadas de sangre condujeran las oleadas de inspiracion que sobran á su cerebro; trémulos los labios, inquietos los rasgos todos del semblante, que afectan multitud de expresiones; tendida hácia atras la flotante cabellera, como si quisiera recogerse para dejar ver la mayor cantidad posible de cabeza ó como si escapára huyendo de aquella soberbia exaltacion; agitándose en vehementes sacudidas su cuerpo y sus brazos; y cuando escuchamos su palabra que dibuja y colorea con realidad fascinadora esos cuadros que danzan en su fantasia, que expresa con una elocuencia rica, feraz, sin estudio, sin sujecion á los atildamientos académicos, impetuosa, rebosando virilidad y entusiasmo, donde el amor y el ódio, la piedad y la indignacion, todos los claro-oscuros del sentimiento, en fin, aparecen recargados como en un cuadro de Ribera, y todas las cuerdas del alma suenan como pulsadas por el héroe de un sueño de Beethoven; oratoria que me recuerda aquellos hosques vírgenes de la América donde se juntan los más robustos árboles y las más sensibles flores, los más activos venenos y los más delicados perfumes, sin órden, sin afectacion, sin esas acomodaciones geométricas, sin esos recortes de la poda, sin esos alineamientos de la jardinería, que son la expresion de que

el orgullo humano se cree tan digno de su originalidad, que por no copiar á la Naturaleza en los procedimientos de que se vale para esmaltar sus campos, ha inventado él otros para esmaltar sus ciudades; elocuencia que podrá ser censurada por sus defectos, pero que siempre es aplaudida por la sinceridad de sus confesiones, porque garantiza la fé del que propaga, y la honradez del que expone, porque se ve que brota, en fin, del alma abrasada por el entusiasmo, como el silbido de la llama y el crujir de la leña brotan del fuego que abrasa la pira; y cuando en esta situacion fenomenal le consideramos frente á un público nutridísimo, condenando los extravíos de la sociedad, y devolviéndola esa afrenta que arroja sobre algunos locos, parecenos contemplar la personificacion del progreso, que, advertida de que la humanidad hace alto en un campo de desastrosos errores, se vuelve colérica, y fustigándola cruel la obliga á caminar en busca del ideal de la justicia.

Ante esta propaganda, no dude usted de los prosélitos. Yo, alejado de la frenopatía, hago lo que el artista que, ocupado en su tarea, siente el estruendo de música y algazara, se asoma á la calle, y al ver desfilar un grupo de patriotas que marchan á la defensa de una causa santa entonando himnos guerreros, deja á un lado la herramienta, coge el arma y se incorpora á la milicia; así yo, al sentirle á usted que pasa y al escuchar su inspirado acento, dejo otros temas, cojo mi modesta pluma, y grito con fé y entusiasmo: ¡Vamos al combate, y puesto que luchar es vencer, luchemos!

Pero sea nuestro cómbate discreto y noble como deben

serlo siempre los de la ciencia; no el del apasionado que confunde y arrolla, sino el del creyente que ilustra y persuade; no el del que tiene frente por frente á un adversario que conviene destruir, sino el del que mira á su lado compañeros y amigos que necesita conquistar; no el del que disfruta por encontrados intereses, sino el que discute sobre intereses comunes que sólo el error puede desconocer; no, por último — y esto procede repetirlo muy alto — el del racionalista ateo que pretende imponer su doctrina con fines heréticos, sino el del espíritu sério que teniendo presente aquella máxima de un santo padre de que *el que muere por la verdad y por la justicia, muere por Jesucristo*, predica fijando también sus ojos, como el magistrado probo y venerable, en la imagen sacrosanta del divino mártir del Gólgota, y el pensamiento en la idea de que el que pereció en la cruz por redimir al hombre del pecado y al pecador de la justicia divina, diciendo en su agonía: *Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen*, ha de ver con amor el propósito de redimir al hombre de la locura y al loco de la justicia humana.

DOS PALABRAS

A nadie que siga con algún interés el movimiento científico contemporáneo, habrá pasado desapercibido el afán que el estudio de las frenopatías ha despertado en el orbeculto desde que hombres ilustres de todos los países han seguido con notable acierto la senda emprendida por los que en pasados tiempos redimieron al loco, arrancándole unas veces de las garras del verdugo y convirtiendo otras el nauseabundo calabozo en limpia celda donde el enajenado recibe cuantos cuidados necesita.

El siglo XIX, que ha redimido al esclavo, rompiendo — con vergonzosísimas excepciones — las cadenas que le oprimían; el siglo XIX, que ha ilustrado al hombre y ha educado á la mujer, relegada ántes á los más triviales quehaceres domésticos; el siglo XIX, que ha realizado tan grandes descubrimientos de índole tan diversa, no podía menos de dirigir una mirada compasiva á los que han perdido esa facultad que distingue al hombre de los demás seres vivos, la razón, la inteligencia; y puede vanagloriarse muy legítimamente de haber hecho mucho, muchísimo en este sentido..., casi tanto como lo que le queda por hacer.

Uno de los hombres que mayores esfuerzos han dedicado al estudio de las enfermedades mentales, dando en la Universidad de Gante notabilísimas lecciones acerca de la especialidad, es el Dr. Guislain, cuyo libro tenemos el gusto de ofrecer hoy á los lectores de la BIBLIOTECA ECONÓMICA.

Nuestros esfuerzos al dar á conocer estas *Lecciones orales* apenas publicada la segunda edicion, se verán compensados con exceso si las ideas defendidas por el mentalista belga, con las cuales están hoy conformes muchos profesores, gracias á la cruzada emprendida por el sábio Dr. Esquerdo, se abren paso en España, país hidalgo y noble, á quien cabe la gloria de haber edificado cuatro manicomios ántes de que se construyeran en ningun otro país: los de Valencia, Zaragoza, Sevilla y Toledo.

Entretanto, y sin creernos aptos para juzgar en estas mal pergeñadas líneas las ideas del Dr. Guislain, sólo podemos recomendar su lectura.

LOS TRADUCTORES.

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICION

Publico estas lecciones tales como fueron improvisadas en medio de una poblacion de enajenados.

Entónces fueron recogidas por el Dr. Vermeulen, mi ayudante.

Las reproduzco hoy con toda su sencillez, ó, por mejor decir, con toda la originalidad de su forma primitiva.

Con todo, creo conveniente advertir que, teniendo en cuenta el estado actual de la ciencia, que camina hácia la resolucion de mi problema, he creído conveniente dar mayor extension á muchos puntos de este trabajo.

DR. J. GUISLAIN.

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICION

La presente edicion se hallaba en prensa cuando ocurrió la muerte del Dr. Guislain, y en el día se publica en gran parte con las notas que dejó el eminente mentalista belga. Hé aquí algunas palabras destinadas á servir de prólogo á su libro:

«Al escribir esta obra he tenido constantemente fija la
»vista en los cuadros vivos: la observacion ha sido mi punto de partida. En medicina la práctica debe ir ántes que
»la teoría; es preciso ver ante todo, y despues pensar, reflexionar. Sin embargo, conviene á los neófitos una enseñanza teórica prévia; prepara el ánimo á la observacion
»y facilita desde luego los estudios. Por eso escribí este libro, persuadido de que tenía que llenar tan importante
»mision. Posteriormente he añadido á mi obra lo que creí
»que faltaba en ella, y ahora que reúne el fruto de mis ob-

»servaciones, entrego esta segunda edicion á la apreciacion
»de los hombres competentes.»

Nada añadiré á estas palabras encontradas en las notas de Guislain, porque ellas explican que *este libro sea la fotografia más completa de la enajenacion mental*, como ha dicho muy atinadamente el Dr. Brière de Boismont, en su *Estudio sobre J. Guislain y sus obras*. Es un libro que, en concepto del mismo profesor, «merece ser el *vademecum* de los alienistas y en el cual, estudiándole con detenimiento, se encontrarán los datos más interesantes de los trabajos más recientes sobre la materia.» Semejante obra no necesita ser recomendada en un prefacio.

Sólo me resta exponer en algunas palabras el método seguido en esta segunda edicion que tengo el honor de presentar al público médico. Como ya he dicho, he aprovechado numerosas notas preparadas por el mismo Guislain para la nueva publicacion de su obra, cuyos ejemplares comenzaban á ser raros ántes de su muerte; las he introducido en el texto como lo hubiera hecho él mismo si hubiera podido completar su obra. Tambien he tratado de las nuevas conquistas hechas por la ciencia desde la muerte de Guislain, si cuadraban con sus ideas; en caso contrario, las he publicado como nota. He querido, ante todo, reproducir en esta segunda edicion la obra de Guislain con su fisonomía propia, en el fondo como en la forma, intercalando en ella las mo-

dificaciones indicadas por el mismo autor ó reclamadas por los progresos de la ciencia.

¡Feliz yo si consigo inspirar á muchos médicos el deseo de leer estas *lecciones orales*, que contienen algo más que la patología mental!

Gante 31 de Mayo de 1879.

B. C. INGELS.